

## TEMORES, ESPERANZAS Y PROPUESTAS DEL PERSONALISMO

Antonio Ruiz

Hace treinta y cinco años que murió Manuel Mounier. El escenario histórico e ideológico en el que se desarrolló su vida y su obra ha sufrido profundos cambios. ¿Qué queda vivo de su pensamiento y de su testimonio personal? Sus temores, sus esperanzas y propuestas, ¿han sido barridos definitivamente por el viento de los años? O, por el contrario, ¿conservan aún validez y frescor para esta recta final de milenio?

### 1. Los temores

Hay hombres que pasan por el mundo sin enterarse de nada. La historia es para ellos una pasta gris, amasada de acontecimientos pasados que han perdido ya su mordiente y su relieve. Propiamente, este tipo de hombres, no teme, sino, que se limita a sufrir pasivamente el embate de los hechos. Para temer hay que poseer una cierta capacidad de análisis y de prospección. En cambio, hay otros que parecen sacar unos palmos a la estatura de sus contemporáneos y, por eso, son capaces de barruntar el porvenir. Manuel Mounier fue de estos últimos. Su capacidad de análisis y de observación le permitió atisbar los peligros que amenazaban a sus contemporáneos y a las generaciones

siguientes. Por eso fue un hombre de temores, aunque nada timorato, consciente del drama que acecha a la humanidad.

Su primer temor, y siempre es arriesgado ponerse a interpretar el pensamiento de otro, fue el de la alienación de lo humano. Su convicción más firme residía en que no sólo la humanidad, sino en el universo entero, trabaja una fuerza que camina en una dirección personalizadora. El universo, en frase suya, es curvatura de la persona.

Al contemplar el universo como totalidad, hay que elegir entre dos interpretaciones: la historia como producto del azar, o la historia dotada de una finalidad. He dicho elegir entre dos opciones. Cualquiera de las dos son producto de una decisión del historiador. Mounier eligió la segunda, de acuerdo con sus convicciones metafísicas y religiosas. Para él, todo el inmenso decurso del cosmos, no es una sucesión informe de hechos, sino que éstos apuntan a una finalidad: la persona. De manera progresiva, el universo se va organizando hasta que surge la materia viva, dotada de una dinamicidad que la distingue de lo inerte. En un escalón ontológico superior esta materia viva va individualizándose y especializándose hasta constituir seres dotados de una cierta autonomía. El hombre estaría en el culmen de esta evolución. Con él acaba un estadio de progreso del universo, pero la fuerza de personalización no se detiene en él. Si bien está dotado de intimidad y de subjetividad, su acabamiento le llama a la comunión con los demás hombres.

Hay en él una oposición entre fuerzas que buscan una síntesis superior. Estas fuerzas son la interiorización, el movimiento de repliegue hacia el yo y la exteriorización o movimiento de salida hacia la realidad, en la que se encuentran, como puntos de especial densidad, los demás sujetos. El hombre puede dejarse alienar tanto por una como por otra.

Con la aparición de la persona en el cosmos se ha logrado un salto cualitativamente decisivo. Pero, tengámoslo bien presente, no es el último. La fuerza de personalización sigue empujando a la persona en una doble exigencia. Por un lado, búsqueda de mayor subjetividad, con lo que esto implica de conquista de autonomía, libertad, descubrimiento de la propia vocación, educación de las aptitudes. Por otro, mayor comunitariedad e incidencia en la realidad externa. Ambas exigencias no se excluyen, sino que son complementarias y mutua-

mente posibilitadoras. Una persona que crece en su yo es la que puede construir un nosotros y éste, a su vez, refluje en un mayor enriquecimiento del yo. Dicho negativamente, ni un mundo de sujetos aislados, sin sociedad, ni un mundo de masas, sin sujetos autónomos, centros de decisión y de creatividad.

Es fácil observar que este planteamiento de la persona, aunque enunciado aquí de manera sintética, es sumamente exigente. La quiebra de lo humano puede venir desde dos direcciones opuestas. Mounier fue verdaderamente hiperestésico a ambos fallos. De ahí su crítica continua a toda la batería de cañones que disparan contra la globalidad del hombre: idealismos, que le quitan su carne; liberalismos, que le cortan sus lazos sociales-comunitarios; materialismos, que le roban su condición de ser autónomo; colectivismos, que ignoran su libertad.

La marcha de los años, ¿ha confirmado o ha invalidado como irreal el temor que Mounier sentía de alienación de lo humano? Creo que merece la pena, aunque sea simplemente, enumerar unos cuantos hechos de nuestros días para ver si anduvo muy desencaminado nuestro amigo. El almacenamiento de armas nucleares, químicas y bacteriológicas, el saqueo de las reservas naturales, la progresiva distancia entre países ricos y pobres, la acumulación de un poder omnímodo en manos de un reducidísimo número de dirigentes del Este y del Oeste, la progresiva influencia de los medios de comunicación sobre las masas, las técnicas de propaganda, entre otros hechos, parecen confirmarnos que el temor de que las personas dejen de existir sobre la tierra o de que se les depare una existencia que con propiedad no pueda ser llamada humana es un temor más que fundado.

Pero es más, nuevos problemas han venido a hacer más sombríos los temores de nuestros días: la aparición de la droga, el paro creciente, la pérdida del respeto a la vida humana no nacida o precaria, la manipulación genética nos apuntan a la tan manoseada pérdida de sentido moral y espiritual. La humanidad, después de lograr metas insospechadas en campos de la técnica y la ciencia, se encuentra con que han desaparecido los «relatos» justificadores de su acción y de su pensar, como mantiene J. F. Lyotard. Propiamente, lo único que preocupa es que «este» invento funcione, aunque no se sepa bien para qué. Mejor dicho: estamos en una conspiración del silencio donde ha quedado abolida esta pregunta.

El segundo gran temor que se puede rastrear en el pensamiento de Mounier es que el sujeto humano, a fuerza de no ejercer de hombre, pierda el gusto por serlo. Cuando una especie se queda refugiada en las profundidades marinas acaba perdiendo la vista. Y el hombre del futuro puede llegar a pensar que hubo una época en que unos determinados bichos (¿cómo se llamarán entonces a sí mismos?) se empeñaron absurdamente una superioridad ontológica sobre el resto del cosmos. El espíritu se reduce a cultura, ésta se explica como proceso de adaptación al medio; y esa adaptación termina siendo pura lucha por la supervivencia, en la que mandan sólo las glándulas, gobernadas, a su vez, por meros procesos físico-químicos. Al final, un nuevo «siglo de las luces» enseñará al hombre lo engañados que vivieron los antiguos en el concepto de sí mismos.

Si Nietzsche denunció en ciertas espiritualidades un «resentimiento contra lo bajo», ¿no se ha generalizado hoy un «resentimiento contra lo alto», que alcanza ya no sólo a la trascendencia, sino al hombre mismo? Después de tantos años de lucha por la liberación femenina y por la libertad de expresión, me quedé atónito al oír, el otro día, en la radio una canción situada entre las más vendidas en la que una y otra vez, ¡maravilla de imaginación!, se eructaba el grito de ¡burra! para dirigirse a la mujer. Todo un síntoma de los vientos que soplan sobre la frágil barquilla de la dignidad humana.

¿Habremos perdido ya el gusto por ser sencillamente personas? ¿Cómo justificar, en medio de este *dis-gusto*, una acción individual y pública en favor del hombre? ¿Estará cerca el día en que se nos pueda saludar con *estimados cerdovidentes* desde la pequeña pantalla sin que eso nos produzca sobresalto? También aquí parece que el temor de Mounier era algo más que el fruto de una imaginación calenturienta.

## 2. Las esperanzas

Sobre la falsilla de los temores se puede dibujar el cuadro de esperanzas que animaron a Manuel Mounier. En primer lugar, la esperanza del hombre mismo. Mounier se mostró reticente a dejar el futuro y la hacienda del hombre en manos de los aparatos, ya fueran conceptuales, ideológicos o políticos. Sólo en la medida en que las construcciones del pensamiento, los esquemas de ideas y los mecanis-

mos sociales partan de la realidad de la persona y a ella apunten será posible mantener la esperanza respecto al ser humano. Si se vuelve la espalda a la realidad más palmaria, es decir, al hecho de que el mundo es mundo de personas, todo se convierte en opresión y en miseria reales.

Había mucho de qué lamentarse en tiempos de Mounier. El hundimiento económico, las tensiones internacionales previas a la II Guerra Mundial, el estallido de ésta, que dejó sembrada Europa de cadáveres y de sufrimientos, el renacer de nuevas amenazas, tales como la política de bloques y el peligro atómico, todos estos hechos no arrasaron su capacidad de confianza en un futuro mejor. Confianza nada ingenua, como si el futuro o el progreso arreglasen por sí mismos las cosas. Antes bien, Mounier y Esprit protagonizaron una continua llamada a la movilización en favor de la lucidez, el compromiso, la reflexión y el planteamiento de soluciones. El mundo se podía hundir, pero siempre cabría esperar del hombre lo imprevisto, el afrontamiento de sus circunstancias a la altura de su vocación y condición. Así nació una instancia crítica y reflexiva de gran densidad e influencia. El tesón y el coraje de unos hombres decididos a plantear la revolución del corazón no fue baldío.

Nos puede parecer a nosotros, los que nos identificamos de manera plural con el proyecto personalista, que las fuerzas que empujan a favor del hombre son hoy minúsculas, y todavía peor, en declive. La fuerza del dinero, la lucha despiadada por el poder, los potentes mecanismos de propaganda y la inaccesibilidad a los verdaderos centros mundiales de decisión dibujan un panorama capaz de tronchar al más bragado. Pero al entrar en contacto con Mounier surge una pregunta: ¿No será la primera victoria del antihumanismo el hacernos creer que todo está perdido? ¿Qué representaba entonces Mounier y su equipo frente al aparato de propaganda nazi y soviético, o frente al empuje del capital americano y europeo? ¿Qué fuerza tienen hoy unos cuantos teólogos sudamericanos empeñados en sacar brillo a la bienaventuranza evangélica de los pobres? Y, sin embargo, el imperio yanqui ha detectado la amenaza potencial que representa la «teología de la liberación» para sus intereses. ¿Cuántas divisiones tiene el Papa? Los disparos sobre él nos indican su peso como factor internacional, bien teniendo en cuenta por los nuevos zares del Kremlin.

Hay que reivindicar, como hace Pedro Ortega en un precioso li-

bro (1), el derecho a la ilusión. La de Mounier fue el crear un personalismo comunitario, expresión que él mismo reconocía como pleonástica. Decir persona es ya exigir lo comunitario. Y aunque los imperios de cualquier signo le asedien, este animal precario e inadaptable posee una capacidad de subversión y testimonio absolutamente insospechada. Por debajo de la historia de atropellos y ultrajes al hombre hay una oculta, pero también real y potente trama de solidaridad humana indestructible. ¿Qué o quién garantiza esta esperanza? Unos sabrán responderlo con claridad, otros lo barruntarán simplemente. Poco importa con tal de que sepamos no doblegarnos ante el empuje antipersonalista.

### 3. Las propuestas

Es fácil hablar de temores y esperanzas porque se enfrenta uno con lo ideal. Bajar al terreno de las propuestas es bastante más hosco. ¿Con qué cara se atreve uno a proponer a los demás lo que pueden o deben hacer cuando la mismísima ética ha renunciado hace ya tantos años a decirnoslo? Además, exponer unas propuestas formuladas hace ya más de treinta y cinco años ofrece sus dificultades. ¿Qué hay que no se haya dicho y refutado? Si lo que se busca son originalidades, es mejor cerrar la boca. Pero hay que dar la razón a Péguy cuando afirmaba que «Homero es nuevo esta mañana, y nada puede ser tan viejo como el periódico de hoy» (2). Hay que perder el miedo a no ser originales, dejar a un lado la búsqueda de lo novedoso. Máxime, si admitimos, con el mismo Mounier, que el acceso al personalismo no es la teoría, sino el compromiso en una vida personal. Dicho esto, intentemos recoger brevemente sus propuestas.

Primero.—«Cambiad el corazón de vuestro corazón». La planta de la revolución, si no arraiga en lo más profundo del hombre, acaba por secarse o por producir frutos amargos que envenenan al hombre mismo. Mucha revolución, por no reunir esta condición indispensable, acaba cambiando simplemente de régimen, sustituyendo unas tiranías por otras. El sujeto de la revolución es propiamente la persona. Confiar la suerte de la humanidad a las estructuras es suicida.

(1) Cfr. Pedro Ortega Campos, *Notas para una filosofía de la ilusión*. Ediciones Encuentro. Madrid, 1982.

(2) Ch. Péguy, *Note sur M. Bergson*, en *Oeuvres en prose, 1909-1914*. Bibliothèque de la Pléiade, 1957, págs. 1268-69.

Esta intuición de Mounier es el primer mandamiento del personalismo. Han de ser barridos todos los ríos de palabras que cantan un mundo mejor sin querer sufrir la más mínima consecuencia en la vida propia para que ese mundo cambie. La solidaridad entre hombres, grupos y pueblos será el fruto de hombres solidarios. La justicia será el reflejo de hombres justos. La paz será el clima segregado por hombres pacíficos. Puede parecer que decir esto y no decir nada es todo lo mismo. Pero éste es el huevo de Colón del personalismo. No porque renuncie a tener en cuenta lo estructural, sino porque se niega a potenciar estructuras vacías de sujetos.

Segundo.—El mundo nuevo parte de sujetos renovados, pero no será fruto de buenas intenciones. Sujeto es para Mounier intención y práctica, idea y acción. La renovación del sujeto implica también la acción y sus medios porque ella es irradiación y testimonio de la persona. Queda descartada la acción de masas, siendo por el contrario los grupos el escenario primordial de la acción de las personas. Grupos que pueden tener fines diversos, como lo profesional, cultural, religioso, deportivo o político, pero todos ellos han de poner a la persona como punto de partida y como criterio de actuación. Dicho con otras palabras, si los grupos no contribuyen al crecimiento de la persona pierden su propia razón de ser.

Hay por hacer una sociología de lo comunitario, pero, en cambio, ya está adquirida una rica gama de experiencias que ofrecen un punto de partida para la reflexión: cooperativas, asociaciones culturales, comunidades religiosas, colectivas de vida en común, bolsas de solidaridad, asociaciones de apoyo a los marginados, plataformas pacifistas, etcétera. El valor personalista de estos grupos variará según los fines y los medios empleados, pero, sobre todo, según el horizonte de persona que proponen. En sí mismos, los grupos pueden ser indiferentes respecto al valor personalizador. Sólo si estimulan el crecimiento en responsabilidad, solidaridad, respeto y defensa de los más débiles tales grupos adquieren la condición de instrumentos válidos para la acción personalista.

Tercero.—La revolución ha de ser realizada con unos medios espirituales primordialmente. Estos medios suponen el abandono de los valores incubados por el mundo del dinero: la felicidad a través del consumo y la facilidad de medios. Esto exige desarrollar una pedagogía que proponga como pilares fundamentales el descubrimiento de la

propia vocación por parte de la persona, el carácter de abertura que posee la condición humana, la fidelidad a las personas, la pobreza no como miseria sino como ascetismo que mantiene disponibles para la comunión, la solidaridad y el diálogo.

Se trata, en suma, de desarrollar una sociedad a la medida de la persona donde el margen de coacción sea mínimo y la zona de libertad máxima, donde la persona descubra su propia tarea sin escapismos ni irresponsabilidades.

#### 4. Preguntas finales

¿Es todo esto una generalidad sin mordiente práctico? A buen seguro, muchos opinarán así. Están en su derecho. Pero yo me permito aventurar una hipótesis de por qué se produce esta opinión: *porque falta atrevimiento para poner las propuestas anteriores en práctica.* Las facilidades del mundo del dinero, poseído o deseado, da lo mismo, han logrado moldear en nosotros una manera de enfrentarnos a los grandes problemas del tiempo: buscamos soluciones que supongan poco costo en esfuerzo y en disponibilidad. Esta es la cruda verdad. Hemos perdido el sentido del riesgo, y lo hemos sustituido por instancias resolutorias que hagan todo menos pedirnos invención, entrega y compromiso. El ciudadano actual está dispuesto a entregar al Estado parcelas, cada vez mayores, de su haber personal con tal de que aquél le resuelva sus problemas. En esta desidia la que habría que exorcizar de manera efectiva en el hombre de hoy.